

¿ QUÉ ES EL REFRÁN ?

José Luis CAMPOY

El refrán es una forma peculiar de expresión sintetizada, de todos los pueblos del mundo, que no ha perdido vigencia y brillo en algunos privilegiados rincones de Andalucía, (léase Guadix, su comarca natural y las de Huéscar y Baza), ni en muchos otros de toda España, en donde se cultiva la liturgia ancestral sagrada del lenguaje natural y espontáneo.

El refrán es la oportunidad hecha voz, con la que el pueblo apuntilla y desmenuza, al hilo de una situación real, que puede ser trágica, hilarante o sesuda, su opinión, cual veredicto inapalable, al menos en instancias normales.

El refrán es el microfilm de la Filosofía, conteniendo en su reducida pequeñez cientos de conceptos perdidos en la literatura argumental y silogística del idioma.

El refrán y el futuro

Entresacados muchos, la gran mayoría de los refranes aquí presentados, de conversaciones vivas y acaloradas en nuestros actuales y abocados pueblos de Andalucía al siglo XXI, se comprenderá que son jirones de un lenguaje que permanece, por encima de la amenaza atómica, contaminante y violenta, en un nuestro tiempo que *hereda* el irrenunciable deber de conservar no sólo la frescura y la bondad de la naturaleza, sino el maravilloso envoltorio del lenguaje.

La palabra

La comunicación entre los hombres, por medio del lenguaje, es la gran maravilla de la creación, con cuyo regalo el ser humano ha sido coronado rey de la tierra, del aire y de la mar.

El don de la palabra, unido a la facultad de progresar, conjuga todos los tiempos de la vida de la persona, desde el nacer al morir, desde el amor al odio. Y enciende en la chispeante inteligencia del pueblo sencillo, natural o brusco, la melodía que acompasará las sombras y las luces, los silencios y las sonrisas, a su paso por la tierra.

EL LENGUAJE MAS COMÚN

Andando por los pueblos de España, desde las encaladas Alpujarras almerienses y granadinas, hasta los aleros húmedos de los hórreos gallegos y asturianos, desde las templadas desembocaduras del Este, hasta los crepusculares e infinitos encinares del poniente, una cadencia se repite, estribillo sonoro, cual cantata siempre justa y oportuna:

EL refrán popular.

NACIMIENTO DEL REFRAN

Cuando un dicho atraviesa intacto el pórtico de los siglos y las generaciones lo acrisolan en el fuego de la experiencia, entonces ha nacido un tratado de Filosofía perenne.

ACTUALIDAD DEL REFRAN

Pero, observado desde el vértice opuesto, esto es, desde la utilización diaria actual del refrán podemos concluir que cuando apostillamos nuestra conversación con alguno de ellos, hemos resumido, con escuetas palabras, todo un esforzado y elocuente discurso.

A veces utilizamos dichos que, aun siendo muy familiares en cualquiera de nuestros pueblos, incluso en la comarca, no traspasan la frontera geográfica donde han nacido, aunque perduran a través de las generaciones con categoría de refrán (sin llegar a serlo) en su lugar de origen.

Así nos encontramos con algunos como estos:

Cuando llueve en Madrid, llueve en Guadix.

Tan seguro como los toros en Castril. (No se recuerda haber prescindido de la corrida de la fiesta ni siquiera en tiempos de guerras, epidemias, etc.)

Más jodía que bonica. (No estar bien de salud)

Tener más hambre que los perros de Rafael Chispín.

Ser más tonto que Abundio.

Por la boca, como al Cuco. (Amenaza despectiva por haver dicho alguna tontería).

Ni Ariza con la espcopeta. (Hace referencia a la imposibilidad de resolver un asunto).

Tener más frío que once viejas.

¿QUIENES HAN REALIZADO ESTE TRABAJO? Y ¿POR QUE?

Este modestísimo guiño a la investigación, realizado con la imperturbable sonrisa de cuantos han colaborado y aportado su experiencia paremiológica, espontáneamente unas veces, organizada y asidua otras, es el resultado de un esfuerzo que ponemos en tus manos, amigo escanciador del lenguaje genuino, para que saborees detenidamente, igual que lo hacemos nosotros, expresiones tan castizas y ocurrentes como fulminantes y ciertas en la consecución de su objetivo puntual y concreto.

Presentamos aquí una reducida muestra de un trabajo que contiene 102 capítulos o apartados dentro de los cuales hemos incluido los refranes, proverbios y decires recopilados.

Entresacamos ¿al azar? parte de algunos capítulos -y dentro de los capítulos elegidos un reducido número de refranes en cada uno de ellos- como muestra y primicia para los lectores del infatigable BOLETIN del INSTITUTO DE ESTUDIOS «PEDRO SUAREZ».

Seguramente, el filólogo experto juzgará más oportuno, en determinados casos, la supresión de algún refrán, en capítulos concretos. Podría hacerse; mas, como quiera que la interpretación localista y personal es quien nos ha conducido de la mano, rogamos se acepte tal y como ha salido de la voz de la tertulia.

VERDADEROS Y FALSOS DECIRES

Entendemos que todos los refranes no son verdaderos. Una gran mayoría de ellos sí lo son. Pero existen sus excepciones.

Un eminente conocedor de refranes, Rodríguez Marín, que tiene publicados varias decenas de miles de ellos, afirma que hay refranes verdaderos y los que no lo son. Naturalmente, mucho más abundantes son los primeros. Pero no deja de ser cierto que los hay engañosillos. Y trae a colación de este axioma una prueba concluyente que aporta el mismo refranero:

«De todo hay en la viña: uvas, pámpanos y agraz».

Escribe el Dr. León Murciego en la Introducción a sus *Refranes Filosóficos Castellanos*:

«Hay refranes que no son morales, que contienen doctrinas malsanas, que se fundan en el egoísmo, en la codicia, en el fatalismo, en la superstición o en el escepticismo.

Hay, en cambio, algunos que parecen inmorales a primera vista y que, sin embargo, no lo son, luego que se observa cómo y en qué circunstancias los aplica el vulgo.

Porque no en todos expresa su parecer y opinión quien los trae a cuento; antes al contrario, muchos de ellos, como irónicos que son, lejos de exhortar a hacer lo que dicen, lo reprueban, zahiriendo a quien lo hace».

PROVERBIOS, DICHOS, AFORISMOS... O ¿REFRANES?

Naturalmente que en esta modesta colección hemos incluido todo aquello que nos ha llegado en forma de refrán.

Somos conscientes de que los estudiosos filólogos y filósofos del lenguaje encontrarán abultadas diferencias entre lo que es un proverbio, un dicho, un aforismo o un refrán y algunos otros sinónimos referidos todos a frases breves, claras y profundas, con sentido aleccionador.

Diferenciación espinosa en la que no entramos, pues no es nuestro objetivo dar respuesta a planteamientos que corresponden a matices científicos y porque, en la práctica, el pueblo llano los corta con la misma tijera.

ANCESTROS Y RAICES

Sabido es que nuestro idioma recoge determinadas y abundantes influencias de la cultura griega y romana. Influencias que transforma y hace suyas.

El pueblo romano, muy amigo de sentencias, nos las proporciona en todos los órdenes. Desde el consejo amistoso y alentador «*Anteaquan rem agas, prospice finem*»,¹ hasta el sentencioso y exculpante «*Nemo nascitur sapiens*».²

Ovidio, gran conocedor del ritmo y de la musicalidad poética, nos legó, entre otras, la siguiente cadenciosa sentencia «*Donec eris felix, multos numerabis amicos*»,³ que ha encontrado repetido eco en el refranero castellano por todos los puntos cardinales.

Así ha encontrado, igualmente, respuesta la lógica consecuencia de lo anterior: «*Si tempora fuerint nubila, solus eris*», esto es, si los tiempos o las circunstancias te fallan, te encontrarás solo.

O este que canta abiertamente la grandeza de un saber callar: «*Stultus quoque, si tacuerit, sapiens reputabitur*».⁴

O los que atacan a la raíz misma de la ambición: **«Qui duos sequitur lepores, neutrum capit»**.⁵

Y tantos y tantos que, por su gran valor específico e influencia, no sólo sobre nuestra lengua, sino sobre todas las de origen latino, merecen un estudio aparte y detenido.

El idioma Griego, culto y refinado, es, también, fuente de sabiduría en la que bebe abundantemente nuestra cultura.

Quinientos años antes de Cristo, Anaxágoras, maestro de filósofos, que ya se atrevía a explicar con coherencia los eclipses lunares y solares a raíz de suponer, (y suponía bien, decimos hoy), que el sol era el que dimanaba la luz y que los peces respiraban por branquias, ya entonces afirmaba: **«Tes aretes ouk esti ktéma timioteron kai bebaioteron»**.⁶

Un prestigioso orador, padre de la Iglesia de Oriente, Patriarca de Constantinopla, hombre de ciencia y santidad, pronunció en comprometido trance uno de sus mejores discursos. Y sin duda el más célebre, la muy estudiada por los filólogos DEFENSA DE EUTROPIO.

Fue Eutropio un controvertido personaje que llegó de esclavo a cónsul y a gran chambelán del emperador. Acosado por el pueblo ante sus muchas tropelías se refugió en una iglesia y fue defendido por aquel orador que pasara a la posteridad como JUAN CRISOSTOMO. Posteriormente canonizado por sus muchas y excelsas virtudes. (Crisóstomo en griego, según los dos componentes etimológicos, significa boca de oro).

Y comenzó su defensa con la inmortal apoteigma:

«Mataiotes mataioteton kai panta mataiotes».⁷

Dicha sentencia ha dado origen a un sinnúmero de dichos populares nuestros que sitúan a la vanidad, la bien llamada hija tonta de la soberbia, en su justo y ridículo lugar.

ORIGEN SAGRADO

Por otro lado, conviene recordar que muchos de los proverbios más ordinarios, dichos con la sencilla claridad de quien repite algo muy humano, tienen la firma de la propia divinidad hecha Palabra. Así, por ejemplo, JESUCRISTO dijo un día: **«Nemo bonus, nisi solus Deus»**.⁸

O en otra ocasión, cuando afirmó: **«Ubi thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit»**.⁹

Dichos del mismo Jesús de Nazaret y tantísimas frases de aquellas suyas, recogidas en libros unas, dispersas en la tradición oral otras muchas, han pasado a incrementar el bagaje paremiológico de todas las lenguas del mundo.

Así, encontramos en el corazón del pueblo ruso un proverbio que aproximadamente dice: **«Dios nos regala las nueces, pero NO nos las casca»**. O aquel otro, paralelo a muchos de los nuestros: **«Confía, pero verifica»**.

También los encontramos en el mismo pueblo chino cuando expresa, sabiamente, que **«La plata y el oro son tesoros muertos y los hijos son tesoros vivos»**.

Son los chinos los que, con su práctica inventiva, afirman: **«Vale más encender una luz que maldecir las tinieblas»**.

Tal vez su origen arranque de aquella máxima evangélica: **«Que vuestra luz alumbré a todos»**.¹⁰

De otro lugar muy distante recogemos una sentencia árabe que aconseja: **«Si tus palabras no valen más que tu silencio, mejor que te calles»**. Puede estar conectada íntimamente y ser un eco amortiguado de aquella advertencia, tal vez poco asimilada, también de Jesús:

«Hasta de las palabras ociosas se os pedirá cuentas».¹¹

ORIGEN PRÓXIMO

Bastante más acá, en el tiempo y en el espacio, se encuentra el origen de otros muchos refranes emitidos por primera vez, o, al menos, citados en sus obras, por conocidos autores tales como el Arcipreste de Hita. He aquí unos pocos suyos:

«So mala capa yace un buen bebedor»,
 «Quien amores tiene, no los puede celar»,
 «No dejes lo ganado por lo que has de ganar»,
 «Pocas palabras cunplen al buen entendedor»,....

O el que D. Juan Manuel pone en boca del Conde Lucanor, entre otros muchísimos geniales pensamientos, aquel tan sabio:

«Quien te alaba más de cuanto en ti hubiere, sábeta de él guardar, ca engañar te quiere».

Actualmente se ha dado en repetir, en verdad con razón, por periodistas y personajes públicos, que quien tiene la información tiene el poder. Y aunque se trata de una expresión moderna, no deja de arrastrar su origen, muy fundado, en aquel viejo dicho de Gracián:

«Hombre sin noticias, mundo a oscuras».

También es suya, entre otras muchas y muy sustanciosas, aquella frase tan rotunda:

«Quien poco sabe, presto lo reza».

Es este autor, junto a Blasco de Garay, racionero de la Catedral de Toledo, el Marqués de Santillana, Hernán Núñez, León de Castro, Mal Lara, Covarrubias, con su sentencia tan arcaica como aquella de **«La mujer y la gallina, hasta casa la vecina»**, y otros muy acertados autores, los que más han buceado en el vibrante mar de la paremia, con una muy marcada y clara intencionalidad didáctica. En todos ellos existe un enorme deseo de conocer al hombre y a su mundo.

Coinciden todos en afirmar, como manifiesta Miguel Maldonado en la Introducción a su Refranero Clásico Español, que los refranes conservan la huella de la sabiduría que Adán recibió de Dios, tanto más pura y genuina cuanto más cerca de su origen.

No parecería justo acabar esta introducción a un mundo tan sugestivo y variado sin recordar la influencia magistral, constante y viva de Cervantes, siquiera sea reproduciendo alguna de sus palabras, a la manera como pontificaba Sancho Panza, gobernador fugaz y archivo parlante, al que verdaderamente se le derrama la sabiduría popular.

Corregía Sancho a unos jóvenes hermanos, mancebo él, doncella hermosa ella, fugados de su casa paterna por ver mundo, de esta manera:

«..Y de aquí en adelante no se muestren tan niños, ni tan deseosos de ver mundo, que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa; y la mujer y la gallina por andar se pierden aína. Y la que es deseosa de ver, también tiene deseos de ser vista. Y no digo más».¹²

Palabras estas que, aún pareciendo, porque lo son, afectas a parte, albergan la contradicción entre lo que representan de abuso y encierran de verdad, y son el destello de un tiempo concreto al que reproducen y retratan en toda su crudeza.

Palabras del leal escudero, encarnación del más vivo realismo, con las que queremos dar paso a lo que es el auténtico objetivo de nuestro trabajo: La expresión real y viva de un pueblo que pretende ser feliz de sol a sol, en medio de sus limitaciones, pero buscando siempre la verdad.

Dirigimos nuestra atención a cuatro aspectos de la vida diaria,- unos más espirituales, otros más materiales,- tales como amor, comer, médico y vino.

Veamos el primero.

AMOR

El amor, que es el motor de la vida, tiene, por derecho propio, un lugar preeminente en la cabecera de este puñado de dichos o expresiones populares, entresacados los más del propio román paladino, tal cual se oye a diario por callejones, placetas y terraos de nuestra añeja y moderna Andalucía.

En nuestro tiempo se habla demasiado del amor, pero se ama poco.

Puede ocurrir que se hayan equivocado los conceptos. O, que sin llegar a confundirlos, algunas ideas se hayan devaluado. Y otras, por su fácil venta, inunden los mercadillos monopolizadores de ideologías que todo lo subordinan al esclavizante materialismo de los sentidos.

Para centrar el concepto que sin duda tenemos del amor encaja aquí, muy oportunamente, el pensamiento de una gran mujer, escritora, emprendedora y mística, Teresa de Cepeda y Ahumada que clarifica:

«El amor perfecto tiene esta fuerza: que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos».

De lleno ya en el terreno del amor no encontramos otra alternativa más sólida, para iniciarlo, que la de atenernos al origen mismo de la existencia y ahondar, por consiguiente, en el amor sagrado de la madre.

Después, descenderemos, refranero abajo, hacia el amor filial, matrimonial y aledaños. Oiremos hablar del amor contradictorio, interesado, amor frustrado, pasajero..., mas por encima de cualquier contradicción, triunfa con diferencia la autenticidad del amor sobre todo lo que lo no es.

Por sobre todo, el amor siempre es nuevo, estimulante e inagotable.

El gigantesco novelista accitano, fertilísimo escritor de costumbres y viajes, cronista y poeta, Pedro Antonio de Alarcón, en una de sus composiciones en poesía, dedica a Petra, niña de nueve años, este consolador y esperanzado pensamiento:

«Niña: mi fiera amargura /no mate tus ilusiones en el bien y en la ventura; /pués siempre habrá corazones ricos de amor y ternura./

**Y por más que un triste muera /desengañado de amores,
tendrá cada primavera / tantos pájaros y flores
como tuvo la primera.»¹³**

Amor de madre, que todo lo demás es humo y aire.

Amor de madre, ni la nieve le hace enfriarse.

Amor, dinero y cuidado, nunca fue disimulado.

Amor loco, yo por vos y vos por otro.

Amor trompetero, cuantas veo, tantas quiero.

A donde el corazón se inclina, el pie camina.

A donde te quieren mucho, no vayas a menudo.
 Amores reñidos, los más queridos.
 A quien feo ama, hermoso le parece.
 Allí me ponga el sol, do tengo amor.
 Amor de ramera, halago de perro, amistad de fraile y convite de tabernero, no puede ser que no cueste dinero.

Donde hay querer todo se hace bien.
 El amor y la fe en las obras se han de ver.
 El desordenado amor a ninguno da honor y a todos, dolor.
 Entre amar y aborrecer poco trecho suele haber.
 Amor, amor, palabra dada. El hecho malo y el fin peor.
 Los ojos allá van, donde tienen lo que han.
 Mozos y viejos, reyes y pastores, todos están sujetos al rey de los amores.
 Quien bien te quiere en la boca te tiene.
 Quien no ama los defectos del amado, no está verdaderamente enamorado.
 Quien tiene hijos al lado no morirá ahitado.
 Si quieres ser algo en la vida ama, perdona y olvida.
 Todo en el amor es triste, mas triste y todo es lo mejor que existe.

COMER

Poco puede significar para un moderno consumidor, por ejemplo, de automóviles que cambia de modelo porque éste, el suyo, deja de ser el último en el mercado a los tres meses de su presentación en sociedad, poco significa, decimos, aquel refrán que pospone todo, incluso las alegrías de la aventura amorosa al imperio seco y gris de un malhumorado estómago: **«Vale más vuelco de olla que abrazo de moza»**.

Tampoco podrá significar demasiado al casi electrónico y embelesado espectador de vidioclips aquello del **«échale pringue y no me las güervas»**, cuando en realidad, su mayor preocupación, aparte de consumir ráfagas, estridencias y poses en «conserva», se centra en encontrar la dieta alimenticia que le deje más escuálido y le permita lucir el menor lustre posible sobre sus huesos. Y es que, de verdad, hay frases que, poseyendo inagotable enjundia y acumulando toda la ciencia almacenada de vida natural y sabia, durante siglos, hoy tendrían que ser traducidas e interpretadas a un numeroso mundo que o no ha nacido natural o se ha olvidado de sus raíces.

En cualquier caso, es muy saludable seguir los buenos consejos del refranero en el comer y en el beber para alcanzar una agradable longevidad.

Nuestro muy acertado Cervantes se sacó, y no precisamente de la manga, con aplastante lógica, esta inolvidable consigna, merecedora de un ingenio tan agudo e inmortal como el de Don Quijote:

«Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago».

Al comer, gaudeamus; al pagar, a ti suspiramos.
 Aldeana es la gallina y cómela el de Sevilla.
 A caballo comedor, cabestro corto.
 A gusto del cocinero, comen los frailes.
 Bestia sin cebada, nunca dará buena cabalgada.
 Carne en calceta, para el que la meta.

Cenas, soles y magdalenas tienen las sepulturas llenas.
 Con lo que Sancha sana, Marta cae mala.
 Después de comer, dormir; después de cenar, pasos mil.
 El comer no admite espera; el pagar, lo que se quiera.
 El conejo, por San Juan y la perdiz, por Navidad.
 El que repara en pelo, no come tocino.
 En la mesa y en el juego se conoce al caballero.
 Gato del mes de enero vale un carnero.
 Harto ayuna quien mal come.
 Las migas del zurrón, por la tarde buenas son.
 Más mató la cena, que curó Avicena.
 Más vale quedar hoy con gana, que estar enfermo mañana.
 Muchas manos en un plato, pronto tocan a arrebató.
 No hay mejor salsilla que la hambrecilla.
 Olla reposada no la come toda barba.
 Pan comido, compañía deshecha.
 Quien quisiere vivir sano, coma poco y cene temprano.

MEDICO

Ejercer el noble sacerdocio de la Medicina es una de las actividades a las que el ser humano se puede entregar con la absoluta certeza de la bondad intrínseca de su trabajo: cuidar, curar y defender la vida donde quiera que haya, en todo trance y por encima de todo.

Desgraciadamente, y a pesar de todos los empeños, también el médico está revestido de la fragilidad humana y se equivoca. Pero aún así es más abundante la pléyade de galenos que aciertan, que los que se equivocan.

Y es que el médico de nuestros pueblos, el que recetó los últimos jarabes a nuestros abuelos, (porque ya no necesitaban otra cosa), el que realizó decisivas y eficaces curas de urgencia y arreló endiabladas fracturas a nuestros padres, nos ayudó a nacer, aunque sorteara para ello caminos de hielo alumbrados por la luna, es él, el mismo jubilado anciano que en viendo a nuestros hijos «teleabsortos», exclama con entrecortada y venerable entonación: «Pero si este zagal lo que necesita es mancharse con la tierra de la calle jugando el boli-troqui-chichanga, o a mela, o al torillo de esconder...»

Si la multitud de consolados, animados y curados entonaran, por un momento, la canción del agradecimiento, sería maravilloso comprobar su melodía multicolor, capaz de anular las inevitables disonancias del error.

Y no podemos olvidar, ciertamente, que el hombre completa y redondea su existencia con la muerte. De donde la eficacia del verdadero médico, que nos acompaña y prepara el «último viaje», podría resumirse en un parte médico como aquel que en ocasiones se trivializa con fines jocosos: «El enfermo ha muerto perfectamente curado». Esto es, deducimos nosotros, el enfermo ha muerto porque le asiste el derecho natural a morir en la paz y compañía de quien sabe hacerle fácil el salto transcendental a la vida definitiva.

Veamos cómo trata al médico el pueblo, a fuer de sabio y agradecido, aunque no desmemoriado en cuanto a las limitaciones naturales a las que están sometidos también los médicos, por más que nos duela.

A más doctores, más dolores.

Casa con doctor, perpétuo clamor.
 Con médico olvidón, enfermos al montón.
 En casa donde el sol da, poco el médico entrará.
 En mal de muerte, no hay médico que acierte.
 El médico y confesor, cuanto más viejo mejor.
 Lo que el médico yerra, lo tapa la tierra.
 Medicina que todo lo cura, locura.
 Médico bien pagado, no quiere ver a su enfermo enterrado.
 Médico cobarde, o no cura, o cura tarde.
 Médico nuevo, en 2 años echa solería al cementerio.
 No hay tal médico como el tiempo, que para todos los males tiene remedio.
 Si tines algún dolor, acude pronto al doctor.
 Suegra, abogado y doctor, cuanto más lejos, mejor.
 Un médico cura, dos dudan y tres muerte segura.
 Una manzana cada día, de médico te ahorraría.

VINO

Gonzalo de Berceo escribió la vida de Santo Domingo de Silos en un bello lenguaje nacido en la Rioja y para sus gentes sencillas del siglo XIII, comenzándolo, como todo entusiasta conocedor de nuestra lengua conoce, de esta manera:

«Quiero fer una prosa en román paladino,
 en cual suele el pueblo hablar con so vezino;
 ca no só tan letrado per fer otro latino.
 Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino».

Así se juglariza nuestro primer poeta conocido y, curiosamente, pide como premio por su obra un vaso de buen vino. Es lo que la gente de sincero corazón está acostumbrada a ofrecer, cual refrigerio reconstituyente, a quien se ha esforzado en trabajar honestamente y finaliza con bien su labor.

Cantores excelsos, desde Berceo al contemporáneo Cela, han pregonado, con exquisito tacto la grandeza del vino.

Nuestro refranero, que no lo es menos, hace oír su voz milenaria y joven. Y limita perfectamente los maravillosos efectos de su uso natural y lógico, al tiempo que advierte seriamente lo descalabrado y funesto que resulta su abuso.

Transcribimos textualmente el último argumento de una larga perorata y apología del vino de un contertulio amigo, experto degustador del sabroso caldo: «.... pero sobre todo ¿os imagináis vosotros que Jesucristo se hubiera tomado la molestia de realizar nada menos que su primer milagro en las Bodas de Caná si, por causalidad, se llega a acabar en el banquete cualquier otra cosa y no, precisamente, el vino?»

Y es real historia que la falta de vino arrancó de Jesús, por medio de su Madre, el sabroso regalo para aquellos novios de Galilea: Un regalo divino, naturalmente.

Pasamos a escanciar, aunque sea con brevedad, la olorosa esencia en las bodegas del refranero recordando que quien bautiza a una criatura le da la vida del espíritu y le da su nombre; por contra, el que bautiza el vino, quita a éste el nombre que lleva y le quita vida.

Al pie de la cama, ni vino, ni agua.
 A torrezno de tocino, buen golpe de vino.

Aceite y vino, bálsamo divino.
 Aceite, vino y amigo: antiguo.
 Amigo, viejo; tocino y vino, añejo.
 A la carne, vino y al jamón, con más razón.
 Con buen vino y padrenuestros pasó mi abuelo los ciento.
 Con dos nueces, beber tres veces.
 Donde vino entra, la verdad sale.
 Dice San Pablo que el vino lo hizo Dios y la borrachera, el diablo.
 El vino, poco, puro y a menudo.
 El mosto bien se venga; acuérdate de que fue pisado y se sube a la cabeza.
 El vino y el tino no andan por un camino.
 En cada botella de vino hay un Castelar escondido.
 El agua para los bueyes y el vino para los reyes.
 El vino y la verdad, sin aguar.
 La vida del perdido: poco dinero y mucho vino.
 No alabes tu vino que le acudirán mosquitos.
 Quien come besugo y agua bebe, no pregunte de qué muere.

EPÍLOGO

«En fin, más vale caballo, que rocín». Todo muy apretado y reducido es lo que podemos efrecer en este paseo por las cuatro temas, de los 102 que conforman los cinco mil refranes de nuestro ROMAN PALADINO.

A nadie le es difícil acceder a la inagotable cantera de la Paremiología, pues «Saber refranes cuesta poco y vale mucho». A parte, claro está, que «Refranes que no sean verdaderos y febreros locos, pocos». Aunque, ciertamente, «De todo hay en la viña: uvas, pámpanos y agraz». Y tan es así que encontramos auténticas interesadas deformaciones convertidas en refrán que no son sino intención malévola que arraiga como cizaña y echa raíces. Por ejemplo, y con ello acabamos, el controvertido «Con la Iglesia hemos topado, amigo Sancho». Si nos vamos a la fuente, es decir al Capítulo 9 de la Segunda parte de Don Quijote de la Mancha, de Miguel de Cervantes, en el que se narra la búsqueda, por Don Quijote y Sancho, de la fortaleza en la que mora la sin par Dulcinea, en el pueblo del Toboso, tras larga búsqueda en la madrugada, encontramos que:

«..Guió Don Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos, dió con el bulto que hacía la sombra, y vió una gran torre. Y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo. Y dijo:

-Con la iglesia hemos dado, Sancho.

-Ya lo veo - respondió Sancho.- Y plega a Dios que no demos con nuestra sepultura; que no es buena señal andar por los cimiterios ¹⁴ a tales horas, ¹⁵ y más habiendo yo dicho a vuesa merced, si mal no acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida».....

¹ Mira bien lo que haces que no te arrepientas.

² Nadie nace sabio.

³ Mientras seas feliz tendrás muchos amigos.

⁴ Incluso el necio, si callara, sería tenido por sabio.

⁵ Quien sigue a dos liebres, ninguna alcanza.

⁶ Nada hay máspreciado que la virtud.

⁷ Vanidad de vanidades y todo vanidad.

⁸ Mt. 6,21 Sólo Dios es bueno de verdad.

⁹ Mt. 19,17 Donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.

¹⁰ Mt. 5,16

¹¹ Mt. 12,36

¹² Don Quijote de la Mancha. 2ª parte. Capítulo 49.

¹³ Obras Completas Pedro Antonio de Alarcón. Poesías serias. A Petra. Ediciones Fax. Pg. 291

¹⁴ Que solían estar junto a las iglesias.

¹⁵ Cosa propia de hechiceros y como tal peligrosa que perseguía la Santa Inquisición.